La crítica de Clarín a la luz de José Enrique Rodó

(Dos artículos de Rodó en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales,* 1895)

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la atención de la más cercana posteridad.

J.E. Rodó, «Notas sobre crítica», 1896

Con frecuencia los estudiosos de las literaturas hispánicas del período de fin del siglo XIX dejan entrever en sus trabajos la complejidad de una etapa que resulta difícil adaptar a unos estrictos marbetes de modernismo y 98. Desde el enclave peninsular, glosado con agudeza magistral por las crónicas que Rubén Darío denominara *España Contemporánea,* el arduo descubrimiento de la figura señera de Leopoldo Alas está arrojando luces no gastadas sobre unos años apasionantes en los que culmina el que hacer regeneracionista y nacionalista de los intelectuales del 68, a la vez que se abre una crisis que da paso a lo que, con toda exactitud, el profesor José Carlos Mainer ha rotulado como *Edad de plata.*

Tiempos complejos, sobresalientes en la labor intelectual, que exigen para su estudio cuando menos el implacable rigor de la cronología y el redescubrimiento de la *tradición* como un valor activo y positivo al modo postulado por la hermenéutica de H.G. Gadamer.[1] A la dilucidación de algunos de sus rasgos quieren contribuir las líneas que siguen, desempolvando dos excelentes artículos en los que el joven escritor uruguayo José Enrique Rodó examina atinada y significativamente la labor del más prestigioso crítico de las letras hispánicas en la década que cierra el siglo XIX: Leopoldo Alas «Clarín».

I

José Enrique Rodó, casi veinte años más joven que Clarín, perteneciente a la generación uruguaya del 900, principió su quehacer de publicista en 1895, cuando «con un pequeño grupo de amigos funda una publicación quincenal: la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo)».[2] Empresa juvenil de excepcional calidad,

[1] *H.G. Gadamer,* Verdad y método *(traducción de A. Agud y R. de Agapito), Salamanca, Sígueme, 1984.*

[2] *E. Rodríguez Monegal, «Introducción» a J.E. Rodó,* Obras Completas, *Madrid, Aguilar, 1957, p. 25. Se trata de un excelente estudio al que remitimos al interesado lector.*

cuenta su primer número el 5 de marzo de 1895, y aunque adscrita a la gran corriente del modernismo, lo cierto es que al menos en lo que concierne a los trabajos de Rodó no se podría rotular tan categóricamente, ya que, como significó Rodríguez Monegal, los primeros estudios críticos del autor de *Ariel* descubren una actitud ante la estética modernista que oscila «desde una reserva cortés hasta una franca aceptación de sus tendencias principales».[3] Desde esta tribuna, Rodó fue dando a conocer una serie de trabajos críticos que muestran diáfanamente su fascinación por Clarín a la par que distinguen entre el decadentismo azul, amanerado y hueco, y el modernismo de anchos vuelos que encuentra en Rubén su máximo valedor. Así los artículos de la *Revista Nacional* —redactados entre 1895 y 1897— revelan la personalidad de Rodó cada vez más simpatizante de un modernismo que debe descontar de su estética la cuota decadentista y en la que debe caber la actitud ideológica del artista vinculado al mundo americano, como se desprende de *Ariel,* libro capital para el conocimiento de su ideario.

La revelación de Rodó como crítico literario y como intelectual se forja en las páginas de la *Revista Nacional,* interesando su quehacer a Leopoldo Alas que ve en los dos artículos que le dedica Rodó —motivo de este asedio— un magnífico ejemplo de rigor y bienhacer, además de una inusual capacidad de penetración en la formulación de juicios estéticos. Buena prueba del aprecio que Alas dispensaba al joven Rodó son las dos referencias críticas que el autor de *La Regenta* consagró a *Ariel:* una, la más importante, en *El Imparcial* (23-IV-1900), que pasaría a ser prólogo del libro de Rodó en la segunda edición que ve la luz el mismo año que la primera (1900);[4] otra, mucho más breve, como primera parte de «Como gustéis», artículo aparecido en el diario *El Pueblo* de Valencia el 9 de julio de 1900 y recientemente exhumado por el profesor Lissorgues. En este último artículo decía Clarín de Rodó:

> Es uno de los jóvenes *intelectuales* de América más equilibrados, más perspicaces y de más serios estudios.[5]

Junto a ello es conveniente recordar que el epistolario de Rodó a Unamuno —quien, por cierto, se acercó a *Ariel* a instancias de Clarín— contiene una lacónica pero expresiva alusión a Leopoldo Alas:

> He enviado *Ariel* a los pocos amigos intelectuales de verdadero prestigio que tengo en España, contándose entre ellos el que más íntimamente conozco y más benévolamente me ha estimulado: Leopoldo Alas.[6]

Alusión que ofrece la otra cara del mutuo aprecio que el autor de *La Regenta* y el intelectual uruguayo se dispensaron en los años finales del siglo XIX.

La relación entre Alas y Rodó se inicia en 1895 cuando, tras publicarse los artículos titulados «La crítica de Clarín», en dos entregas (20-IV y 5-V-1895), en la *Revista Na-*

[3] *E. Rodríguez Monegal, «Introducción» a J.E. Rodó,* O. C., ob. cit., *p. 82.*

[4] *L. Alas «Clarín», «Prólogo» a J.E. Rodó,* Ariel, *Valencia, Sempere, 1908. Se trata de la séptima edición.*

[5] *Y. Lissorgues, «Unamuno y Clarín: ¿una amistad frustrada?»,* Letras de Deusto, *XV (1985), pp. 99-101.*

[6] *Carta de J.E. Rodó a Miguel de Unamuno (20-III-1900). Cito por J.E. Rodó,* O. C., ob. cit., *p. 1300. La correspondencia cruzada entre Unamuno y Rodó es un episodio apasionante necesitado de una revisión que complete las pertinentes notas de Rodríguez Monegal.*

cional de Montevideo, el autor de *La Regenta* se dirige al director de la *Revista Nacional* para «rogarle que, en mi nombre, dé las gracias más expresivas al Sr. Rodó por su artículo. Cuando elogios o censuras vienen de quien demuestra escaso juicio y gusto, me dejan igualmente tranquilo e indiferente. Cuando las censuras prueban talento en el que escribe, me pican. Cuando los elogios nacen de un espíritu escogido y serio, como lo es sin duda el del señor Rodó, me halagan y las agradezco mucho».[7] Rodó contestó en epístola del 20 de febrero de 1896, al mismo tiempo que desde las páginas de la revista uruguaya, y analizando la nueva sensibilidad novelesca, indicaba:

> En el imaginador de *Su único hijo* y *La Regenta,* no es la crítica sola quien ahora mueve impulsos de renovación, reflejos de nueva luz, sobre la vida literaria.[8]

El artículo de Rodó vio la luz el 25-XII-1896, lo que afirma la alta estima que Rodó tiene por el Clarín novelista, hasta el punto de considerarlo uno de los eslabones clave en la indagación de la

> nueva vida del espíritu[9]

a través de las obras novelescas.

Clarín, naturalmente, se siente agradecido por el trato que le dispensa Rodó y en la revista barcelonesa *La Saeta* (25-II-1897) publica un abierto elogio del crítico uruguayo:

> En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan a los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura.
>
> Pero hay una, que no es decadentista, titulada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta, seria, original e ilustrada. Trabaja en ella un señor don José Enrique Rodó, que es un crítico de cuerpo entero, que no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París a su tierra.
>
> El señor Rodó reconoce que el *jugo* de las letras hispanoamericanas debe tomarse de la tradición española.
>
> Perfectamente.
>
> ¿Cómo no he de estar conforme con esa idea, si la vengo predicando desde hace años en todas partes, principalmente en *El Imparcial* y en *Las Novedades* de Nueva York?
>
> Críticos como el señor Rodó, pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral e intelectual de España y las repúblicas hispano-americanas; unión que podría preparar lazos políticos y económicos futuros, de la que, a mi ver, ya tiene sentadas las premisas la historia, y que serán la consecuencia que saque el porvenir.[10]

Estos abiertos elogios se trocarían un tanto cuando —al recibir sistemáticamente la *Revista*— compruebe el carácter modernista de la publicación, escribiéndole a Rodó:

> Mis elogios de la *Revista Nacional* eran espontáneos y sinceros. Y para que vea Vd. esta sinceridad, le diré que recibí hace unos meses unos cuantos números que ya no me parecieron tan

[7] *Carta de Leopoldo Alas (29-XII-1895). Recogida en J.E. Rodó,* O. C., ob. cit., *p. 1260.*

[8] *J.E. Rodó, «La nueva novela»,* La Vida Nueva *(1897),* O. C., ob. cit., *p. 156.*

[9] *J.E. Rodó, «La nueva novela»,* O. C., ob. cit., *p. 156.*

[10] *L. Alas «Clarín», «Palique»,* La Saeta *(25-II-1897). Artículo no recogido en ninguna recopilación de los artículos de Clarín.*

bien, pues vi con dolor en ellos demasiado *azul,* y excesiva intervención de esos señoritos que Vd. llama con gracioso eufemismo, candorosos. Después vinieron otros números más serios y sentenciosos. Sigan Vds. así. Menos *sinsontes* disfrazados de gorriones parisienses, y más crítica seria, de gusto y conciencia, como la de Vd. y la de Pérez Petit.[11]

En su respuesta del 5 de septiembre de 1897, Rodó le anuncia el envío del opúsculo *La vida nueva,* donde recoge trabajos que habían visto la luz con anterioridad, y también toma en cuenta las indicaciones del asturiano, cuyo ideario resuena en el rumbo que Rodó dice va a guiar la brújula de las sucesivas entregas de *La vida nueva:*

El plan de esta colección se basa en el anhelo de *encauzar* al modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo *azul...* o *candoroso* según Vd. y yo hemos convenido en llamarle.[12]

Aunque la comunicación epistolar no se reanuda hasta el episodio de *Ariel* lo cierto es que las distancias entre un Rodó que se deslumbra cada vez más por los versos de Rubén Darío, y Alas, reticente al modernismo del nicaragüense, se van acrecentando. No obstante, Clarín —que recomendó la obra a Unamuno, según se desprende de una carta al autor de *Paz en la guerra* fechada el 9 de mayo de 1900—[13] trató en su crítica de *Ariel* —luego prólogo— de separar a Rodó del grupo de decadentes y modernistas que desde el uno y el otro lado del Atlántico tanto desprecio acumulaban en la punta de la pluma del crítico asturiano, que atisbaba la modernidad por otras rutas más acordes con la tradición en la que se había fraguado su personalidad intelectual.

II

Surge aquí un tema que es clave en el interés de Rodó por Alas, y que pone de relieve lo simplista de la pretensión de entender a Clarín como denonado martillo de herejes modernistas: ¿cuál es la posición de Alas respecto del modernismo? Sin entrar en largas disquisiciones a propósito de la definición y uso del término «modernismo», es necesario, sin embargo, establecer unas consideraciones fundamentales que delimiten el interés con el que Rodó se acercó y estimó la obra de Clarín como partícipe de lo que el escritor uruguayo llamó:

esa ansiedad de las cosas nuevas que flota, como presagio de una renovación tal vez cercana en el ambiente moral de nuestros días.[14]

Dejando a un lado el «caso» Rubén Darío que es el más palmario ejemplo de la infrecuente opacidad crítica de Alas en la trayectoria que va desde *Solos* a *Siglo pasado,*[15]

[11] *Carta de Leopoldo Alas (11-VIII-1897). Recogida fragmentariamente en J.E. Rodó,* O. C., ob. cit., *página 1262.*

[12] *Carta de J.E. Rodó a Leopoldo Alas (5-IX-1897). Recogida en J.E. Rodó,* O. C., ob. cit., *p. 1261.*

[13] *Carta que puede leerse en M. Menéndez Pelayo, M. Unamuno, A. Palacio Valdés,* Epistolario a Clarín *(ed. Adolfo Alas), Madrid, Escorial, 1941, p. 93.*

[14] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales *(Montevideo), (5-V-1895). Cito por* O. C., ob. cit., *p. 758.*

[15] *Ha sido estudiada la relación entre Clarín y Rubén Darío por F. Ibarra, «Clarín y Rubén Darío: Historia de una incomprensión»,* Hispanic Review, *41 (1973), pp. 524-540.*

solamente justificable en base a unas astutas y premonitorias líneas de Menéndez Pelayo a Valera en carta del 29 de julio de 1886:

> En materia de poesía lírica no tiene [Clarín] tan buen gusto, y a veces lo tiene rematadamente malo. Lo creo poco sensible al encanto de la forma, porque su primera educación clásica fue bastante descuidada.[16]

la postura de Clarín respecto del modernismo no deja de ser en extremo compleja o cuando menos de una uniformidad menor de lo que habitualmente se ha pretendido.

Alude Clarín en numerosos artículos finiseculares a sus prevenciones contra el modernismo. Prevenciones que le llevaron, sin duda, a una valoración injusta (como la ya mencionada de Rubén) pero que sirvieron para desnudar lo manchego vestido de parisiense que tanto abundaba en la literatura de fin de siglo:

> También es cierto que hay que vivir prevenidos contra los excesos del *snobismo* modernista, contra las demasías de la admiración ciega y servil que algunos jóvenes, bien intencionados generalmente, manifiestan por todo lo que es novedad y rareza de tierra extraña. El exclusivismo, tan funesto en todo, en arte es un absurdo irritante.[17]

Reconociendo cierta mesura en estas palabras que son críticas con el *snobismo* y el exclusivismo modernistas, pero que no condenan globalmente su renovación, conviene proponer los siguientes breves considerandos.[18]

En primer lugar, que Alas prefirió frente al fenómeno estético, ideológico y moral del modernismo hispánico, la vertiente menuda e higiénica de su crítica literaria, lo que, ciertamente, nos permite conjeturar su posición, pero no nos facilita, en cambio, el trabajo extenso y explicativo que sobre otros aspectos de la actualidad literaria su pluma abocetó con gusto, rigor y maestría. Tal vez el mejor acercamiento crítico del autor de *La Regenta* a la órbita modernista se encuentre en el excelente prólogo que, a petición del escritor centroamericano Gómez Carrillo, antepuso al libro *Almas y cerebros*.[19] En este texto se encuentran las líneas maestras de la postura que el último Clarín adoptó

[16] *M. Menéndez Pelayo,* Epistolario *(ed. M. Revuelta Sañudo), tomo VIII, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1985, p. 25.*

[17] *L. Alas «Clarín», «Mi propósito (conclusión)»,* Faro Moderno *(1-III-1899). Colaboración olvidada que he publicado como apéndice de mi estudio «Clarín y la crítica de teatro (dos artículos desconocidos en* Faro Moderno, *1899)»,* Segismundo *(1986). Estudio que aborda cuestiones paralelas a las aquí presentadas.*

[18] *El interesado lector puede encontrar información sobre la postura de Alas frente al modernismo en: R. Gullón, «Aspectos de Clarín»,* Archivum, *II (1952), pp. 161-86; J.M. Martínez Cachero, «Clarín y Azorín»,* Archivum, *III (1953), pp. 159-80; J. Blanquat, «Clarín y Baudelaire»,* Revue de Littérature Comparée, *XXXIII (1959), pp. 5-25; G. Sobejano, «Clarín y la crisis de la crítica satírica»,* Forma literaria y sensibilidad social, *Madrid, Gredos, 1967, pp. 139-77; J. Kronik, «La modernidad de Leopoldo Alas»,* Papeles de Son Armadans, *XLI (1966), pp. 121-34 y «Clarín and Verlaine»,* Revue de Littérature Comparée, *XXXVIII (1963), pp. 368-84; S. Beser,* Leopoldo Alas, crítico literario, *Madrid, Gredos, 1968, pp. 201-9; F. Ibarra, «Clarín y Rubén Darío»,* Hispanic Review, *41 (1973), pp. 524-40; A. Ramos Gascón, «Relaciones Clarín-Martínez Ruiz: 1897-1900»,* Hispanic Review, *42 (1974), pp. 413-26; L. Litvak, «La idea de la Decadencia en la crítica antimodernista en España»,* Hispanic Review, *45 (1977), pp. 397-412; A.W. Phillips, «Nueva luz sobre Clarín y Gómez Carrillo»,* Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, *LXXXI (1979), pp. 757-79; N. Valis,* The Decadent Vision in Leopoldo Alas, *Louisiana State University Press, Baton Rouge and London, 1981, pp. 7-22; y J.M. Martínez Cachero, «La actitud anti-modernista del crítico Clarín»,* Anales de la Universidad de Alicante, *2 (1983), pp. 383-398.*

[19] *E. Gómez Carrillo,* Almas y cerebros: historias sentimentales, intimidades parisienses, etc., *París, Garnier, 1898, pp. VII-XXII.*

frente al modernismo, y cuya síntesis supone la aceptación de tres cláusulas. La primera: el cansancio que la escasa sustancia de las novedades literarias, llenas de pruritos irrelevantes, causa al crítico asturiano que, no obstante, afirma seguir con interés la renovación modernista:

También ahora estudio con atención el *modernismo* y me intereso por los *jóvenes maestros;* pero son otros maestros jóvenes, son otras novedades.[20]

¿Cuáles son esas novedades? La respuesta a tal interrogante entraña la segunda cláusula, cual es, que para adentrar el espíritu nacional en la asimilación cuidadosa y crítica de las novedades extranjeras es mejor acudir a la filosofía y a la ciencia que a la «amena» literatura:

El noble anhelo de empapar el espíritu en los más recientes caudales de las fuentes riquísimas de la cultura moderna, puede lograrse mejor siguiendo los pasos de la modernísima filosofía y de la ciencia parsimoniosa y concienzuda, que empeñándose en remedar los pruritos de literatura trascendental de tantos y tantos publicistas modernos.[21]

Lo que implica un supuesto que encierra la tercera cláusula. Clarín, que afirma la unidad de España y la América hispana,[22] sostiene la necesidad de empaparse de novedades de verdadera enjundia, pero sin convertir la cultura española —entendida en toda su extensión— en un remedo

de los tiquis miquis de las letras francesas,[23]

pues corre el peligro de disolverse en cauces extraños:

Sólo conozco una cosa más nociva que el aislamiento del espíritu nacional: la disolución del espíritu nacional.[24]

Dicha necesidad de abrir las ventanas a los vientos europeos debe reunir, en consecuencia, una cláusula esencial que Leopoldo Alas expone con visibles concomitancias unamunianas:

Siempre que he predicado la necesidad de asimilarse lo extranjero he añadido la advertencia de que asimilar significa hacer propio, convertir en propia substancia, agregar algo a nuestro organismo para conservarlo, para que siga siendo lo que es.[25]

Aceptación, pues, del modernismo de corte filosófico y científico, sin que ello suponga servil imitación. Y rechazo del formalismo de algunas de las nuevas direcciones de la amena literatura, por considerarlas al margen del interés humano que exigía a toda representación literaria.

[20] *L. Alas «Clarín», «Prólogo» a E. Gómez Carrillo,* Almas y cerebros. *Cito por D. Torres,* Los prólogos de Leopoldo Alas, *Madrid, Playor, 1984, p. 220.*

[21] *L. Alas «Clarín», «Prólogo» a E. Gómez Carrillo,* Almas y cerebros. *Cito por* Los prólogos de Leopoldo Alas, ob. cit., *pp. 223-4.*

[22] *Sobre la posición de Clarín con respecto al problema colonial debe verse el magnífico inventario de textos del propio Alas que el profesor Yván Lissorgues reunió en* Clarín político, *I, Toulouse, Institut d'Etudes Hispaniques et Hispano-Américaines, 1980.*

[23] *D. Torres,* Los prólogos de Leopoldo Alas, ob. cit., *p. 222.*

[24] *D. Torres,* Los prólogos de Leopoldo Alas, ob. cit., *p. 221.*

[25] *D. Torres,* Los prólogos de Leopoldo Alas, ob. cit., *p. 221.*

En segundo lugar, que Alas se ocupó de Baudelaire en las páginas de *La Ilustración Ibérica* en 1887, con tolerancia y sagacidad crítica, reconocida años más tarde por la penetrante pupila de Juan Ramón Jiménez, que vio en Clarín un adelantado de la crítica artística del simbolismo e incluso llegó a entusiasmarse frente a su auditorio puertorriqueño con palabras que revelan, bien a las claras, la alta estima que tenía por el quehacer crítico del asturiano:

Yo recuerdo que cuando leí ese artículo de Clarín, al momento pedí Baudelaire, que me mandasen las obras de Baudelaire a mi librería de Madrid, es decir, yo vivía en Andalucía, pero me surtía de libros en Madrid y entonces Baudelaire, ese ensayo que yo siempre lo he conservado y que lo voy a publicar en la revista *Universidad*.[26]

Y, ciertamente, Clarín que diez años después se ocuparía de Verlaine en las páginas de *La Ilustración Española y Americana*,[27] ha sintonizado con aspectos claves del poetizar baudeleriano, adivinando en su obra el

tormento oculto de muchas almas sinceras y muy seriamente preocupadas con las grandes incógnitas de la vida.[28]

En tercer lugar, que progresivamente fue valorando el justo mérito de escritores como Valle-Inclán a quien llama sin ambages «distinguido escritor» en uno de sus habituales juego irónicos en *Madrid Cómico:*

Por esos *rotativos* de Dios y de Gasset, Canalejas, etc. andábamos todos nosotros, avergonzados eso sí de no ser nuevos, *inéditos*, desconocidos, llenos de promesas... sin hipoteca, lirios del Valle... Inclán (perdone el distinguido escritor y estimado amigo que pudiera darse por aludido, esta broma inocente),[29]

a la par que le dedica, aunque con claras divergencias, dos reseñas críticas a su *Epitalamio*.[30]

Como cuarto considerando debe valer la jerarquización que en el terreno artístico Alas practicó siempre. Así escribía en 1888:

Yo conozco en Madrid y en muchas partes, demagogos del arte, partidarios de la igualdad de talento que ven suprema injusticia en que se guarden más miramientos para criticar a Valera

[26] *Es de justicia notar que el propio Rubén Darío valoró con extremado equilibrio y brillante lucidez a Leopoldo Alas, crítico literario, desde las páginas de* España Contemporánea, *destacando precisamente su ensayo sobre Baudelaire, calificándolo de magistral: «Es el autor de páginas magistrales como sus antiguas* Lecturas, *o su ensayo sobre* Baudelaire, *o el de* Daudet *y tantos otros» (R. Darío, «La crítica»,* España Contemporánea, *París, Garnier, 1901. Cito por* España Contemporánea *[ed. Antonio Vilanova], Barcelona, Lumen, 1987, p. 279). Sin duda Rubén se refiere a la magnífica serie de artículos críticos de Clarín que bajo el rótulo genérico de* Lecturas *publicó a partir del 27-XI-1886 en* La Ilustración Ibérica *y posteriormente incluyó en* Mezclilla *(1889) —los más— y* Ensayos y Revistas (1888-1892) *(1892). Creo, con Rubén, que es en esas páginas donde la crítica estética de Clarín alcanza cotas más elevadas, tras los magistrales artículos de 1882 sobre la novela y el naturalismo.*

[27] *L. Alas «Clarín», «Paul Verlaine.* Liturgias íntimas», La Ilustración Española y Americana *(30-IX y 8-X-1897). Recogido en Clarín,* Obra olvidada *(ed. A. Ramos Gascón), Madrid, Júcar, 1973, pp. 170-89.*

[28] *L. Alas «Clarín», «Baudelaire»,* Mezclilla, *Madrid, Fernando Fe, 1889, p. 97. Se trata de la séptima entrega aparecida en* La Ilustración Ibérica *(26-XI-1886).*

[29] *L. Alas «Clarín», «La Reconquista»,* Madrid Cómico *(7-X-1899). Artículo no recogido.*

[30] *Se trata de la aparecida en* Madrid Cómico *(25-IX-1897) y la de* Heraldo de Madrid *(9-X-1897). Hoy pueden leerse en* Obra olvidada, ob. cit., *pp. 127-34.*

o a Menéndez Pelayo, que para censurar a un imbécil metido a literato o a un *agiotista* de la necedad y el mal gusto.[31]

De ahí, pues, que acabase por reconocer los méritos de Valle e incluso de Rubén Darío, levantando las iras mal intencionadas y venenosas de Ruiz Contreras, director de la *Revista Nueva* en un artículo del 25 de octubre de 1899:

Nos tiene mareados con maldecir de los *decadentes,* de los *modernistas,* de los *estetas.* Y excluye primero a Rubén Darío. Más tarde a Ramón del Valle-Inclán. Y por último a Jacinto Benavente. ¿A quiénes se dirigen las punzantes alusiones del bravo astur? ¿A Martínez Sierra o a Pepe Lasalle? Si Darío no es un decadente ni Valle-Inclán un esteta, ni Benavente un modernista ¿quiénes van a llamarse aquí modernistas, estetas y decadentes? [32]

Aprecio de las jerarquías literarias que le hizo distinguir siempre el talento de un escritor notable que trabaja en la «verdadera viña», alejado de los disparatados sistemas literarios vagamente impregnados de la última tendencia del día, de las medianías que producen un arte y una literatura falsa o, cuando más, habilidosa. El colofón de su ensayo sobre Baudelaire es tajante en este aspecto:

Una cosa es el talento de un poeta muy notable, y otra cosa la habilidad de las medianías, que deben más de la mitad del valor de sus ocurrencias al *medio* en que viven.[33]

En quinto lugar, hay que recordar que Alas no era escritor fascinado por la patriotería literaria y el culto autárquico y complaciente de lo castizo. En la revista *Faro Moderno* escribe:

¡Ay de la originalidad y del *casticismo* criados a la estufa del sistema *prohibitivo!,*[34]

y toda su andadura como crítico confirma esta vigilancia de lo exterior, incluso con lecturas de los decadentes modernistas como el propio Gabriel D'Annunzio. Así pudo escribir con justicia:

Nadie me tachará de preocupado en materia de cosmopolitismo literario. He escrito mucho en mi vida contra la patriotería literaria y demostrado tengo que soy de los que, en punto a belleza, hacen poco caso de las fronteras. Pero todos los extremos son viciosos.[35]

y, en efecto, era vicioso esperar el «descubrimiento» del literato del día en París, practicando un esnobismo que siempre condenó: el del último correo perfumado de la ciudad del Sena.

Sumados estos considerandos, se entenderá que Clarín, que incluso llega a reconocer gracia y gusto en Wilde, preste poca atención —sólo la higiénica— a la literatura modernista de barniz ligero y última moda, porque anda más preocupado por las contin-

[31] *L. Alas «Clarín»,* Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce. Folletos literarios, *IV, Madrid, Fernando Fe, 1888, p. 131.*

[32] *Anónimo, «Clarindustrial»,* Revista Nueva, *II (25-X-1899), p. 120.*

[33] *L. Alas «Clarín», «Baudelaire»,* Mezclilla, ob. cit., *p. 98.*

[34] *L. Alas «Clarín», «Mi propósito (conclusión)»,* Faro Moderno *(1-III-1899). Recogido en A. Sotelo, «Clarín y la crítica de teatros»,* Segismundo *(1986).*

[35] *L. Alas «Clarín», «Palique»,* Heraldo de Madrid *(13-II-1898). Recogido en* Obra olvidada, ob. cit., *página 195.*

gencias históricas, el deber moral del intelectual, el idealismo íntimo y la ética estética, que por las novedades de la amena literatura afrancesada.

Y, no obstante, al juzgar a la juventud artística que dio en llamarse decadentista en sus «Cartas a Hamlet» —que son cartas a una idea poética y filosófica, a un pensador poeta fragmentario y esporádico, alejado del ideal del «hombre de acción»— Clarín escribe sobre la necesidad de justipreciar cada una de las novedades:

> Para hacer justicia a todos hay que apresurarse a distinguir dentro de esa misma literatura, llamada, en general, *decadente,* lo bueno de lo malo, lo sincero de lo falso, lo serio de lo burlesco, la verdad de la farsa y el talento de la tontería.[36]

Clarín no podía compartir, desde el imperativo ético y estético de su dilatada trayectoria artística y educadora, un arte que hacía de la estética una norma de conducta, de *situación* frente a la historia. Su pensamiento crítico, su anhelo de justicia social, su creencia en la solidaridad, se lo impedían. Lo que Lissorgues ha llamado «l'originalité non moins exemplaire, de sa personalité, est d'être resolument tournée vers l'*autre,* le citoyen et le prochaine»,[37] le impulsa a rechazar el esteticismo de D'Annunzio en unas palabras absolutamente claves para comprender su postura frente al modernismo:

> [...] se quiere salvar la sustantividad de la belleza y no se la hace *amoral* —como en la teoría pura del arte por el arte— sino *inmoral. ¿Inmoral* por qué? Porque saca de quicio *la finalidad sin fin,* se la compara con la moral en el terreno del *deber* y en lo estético, de *amoral* (extraño a la moral) se convierte en *inmoral.*[38]

O sea, cuando la sustantividad de la belleza —defendida siempre en su autonomía por la crítica de Alas— es comparada con el deber moral se están transgrediendo unos límites que Clarín como moralista y pedagogo, crítico y creador, intelectual en suma, no puede tolerar. Si a ello añadimos las posiciones diletantescas de la bohemia modernista comprenderemos su despego para con el modernismo, tan afín a los durísimos ataques que por entonces vertía la joven pluma de Unamuno. Claro está, no obstante, que la posición de Alas no autoriza a pensar que propugne una supeditación de la literatura a fines morales, religiosos, económicos, sociales o lo que sea; lejos de ahí, el autor de *La Regenta* desprecia el llamado «arte hidráulico»:

> En España ahora, el desdén del arte puro, como el de todo lo que huela a idealidad, se extrema, por el predominio del *sancho-pancismo,* que se ha metido a regenerador y damos pasos de gigantes en el camino del prosaísmo.[39]

En síntesis: Clarín lanzó sus finos dardos contra las exageraciones, que siempre las hay, contra los literatos e intelectuales de poca fibra moral, que apelaban al sentimentalismo trasnochado y a la extravagancia afectada, contra los que confundían el valor estético del romanticismo con el chaleco rojo y las melenas de Gautier revividas por la bohemia que azacaneaba por el Madrid finisecular. Y lo hizo —se lo confiesa a Hamlet—,

[36] *L. Alas «Clarín», «Cartas a Hamlet»,* La Ilustración Española y Americana *(8-IV-1896). Cito por* Siglo Pasado, *Madrid, A.A. López, 1901, p. 163.*

[37] *Y. Lissorgues,* La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas (Clarín). 1875-1901, *París, CNRS, 1983, p. 370.*

[38] *L. Alas «Clarín», «Palique»,* Madrid Cómico, *(24-XI-1900). Artículo no recogido.*

[39] *L. Alas «Clarín», «Palique»,* Madrid Cómico, *(6-I-1900). Artículo no recogido.*

para emplear como *buzo* de esa realidad sumergida en lo desconocido, el *hombre entero* con su corazón, su vida estética, sus revelaciones morales, sus tendencias de fuerza social hereditaria.[40]

III

A la luz de lo anterior, que explicita brevemente la dialéctica que Alas sostuvo con la renovación modernista, no cabe la menor duda que los artículos de Rodó, que sacamos hoy de un olvido sólo soslayado por el profesor Beser, son la mejor aproximación al Clarín crítico hecha en vida de Leopoldo Alas, y contienen la posibilidad de un análisis mucho más esmerado de su obra crítica, a la par que proponen aspectos hoy totalmente verificados por ilustres clarinistas.

Hay en el artículo de Rodó una doble consideración que merece indicarse. De un lado, los diferentes tipos de crítica que practicó Alas. De otro, los diferentes eslabones críticos, históricamente considerados, en los que las reflexiones de Clarín resultan definitivas para la historia literaria de la España del último cuarto del siglo XIX. Es decir, Rodó somete la obra crítica de Alas a una doble caracterización, sincrónica y diacrónica, para poner de relieve la auténtica originalidad e importancia del quehacer del autor de *La Regenta.*

En la tipología de la crítica literaria de Alas, Rodó distingue cinco clases de crítica. Cuatro de ellas responden a la crítica grave y seria; la quinta atiende a la crítica satírica. En conjunto los diferentes tipos de crítica literaria practicados por Clarín (expuestos en ese fascinante y ejemplar mosaico crítico que es *Mezclilla,* tal vez el mejor libro de la crítica literaria decimonónica) son distintas expresiones de lo esencial de la crítica literaria que es *juicio de arte,*

> y en cuyo nombre aprueba o condena, siempre en atención al fin directo de la actividad literaria que es la realización de la belleza,[41]

según palabras de Rodó que ha leído con sorprendente inteligencia y penetración el ensayo «La crítica y la poesía en España», publicado inicialmente por Alas en *La España Moderna* (I, 1890) e incluido después en *Ensayos y Revistas (1888-1892).*

Alas no confundió jamás los planos estético y moral (aunque sintiese la necesidad de una ética artística) y en múltiples ocasiones como en los artículos programáticos de *Faro Moderno* advierte la necesidad de un juicio estético[42] como objetivo primero e

[40] *L. Alas «Clarín», «Cartas a Hamlet»,* Siglo Pasado, ob. cit., *p. 169.*

[41] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales *(20-IV-1895). Cito por* O. C., ob. cit., *pp. 752-3.*

[42] *Creo conveniente advertir que las ideas expuestas por Clarín en los dos artículos programáticos de* Faro Moderno *deben ponerse en íntima relación —dada la simultaneidad cronológica— con las interesantísimas reflexiones que el primero de enero de 1899 hace en torno a la Estética en el diario barcelonés* La Publicidad. *Téngase presente además que si los artículos de* Faro Moderno *son un «poco doctrinales» según propia confesión, la «Revista» que abría sus colaboraciones en* La Publicidad *el año 1899, pretendía inaugurar una serie —que luego no se consolidó— en la que se proponía: «reflejar, de vez en cuando, el movimiento filosófico de este orden; y una de las próximas hablaré acaso de la Estética en Inglaterra, en ese país* utilitario *por excelencia, pero que sabe comprender que lo bello, por su misma inutilidad... relativa..., sirve al hombre para mucho.» L. Alas «Clarín», «Estética»,* La Publicidad *(1-I-1899). Artículo no recogido.*

irremplazable de la crítica, pues amarándose en las teorías del arte conoce que:

no está sujeta a variaciones de opinión la sustantividad de la belleza artística,[43]

y, en consecuencia, hay que respetar la propia finalidad del arte. Idea que se acentúa en la última etapa de su andadura intelectual, ante las fluctuaciones de la crítica europea. Así en la «Revista literaria (La crítica y la poesía en España)», que Rodó ha tenido tan correctamente presente, escribe enfatizando lo esencial de la labor crítica frente a los particulares métodos de Taine, Sainte-Beuve o Bourget:

La crítica moderna, con ser todo eso, ha de ser algo más, ha de ser lo que en ella fue siempre esencial: *un juicio de estética.*[44]

Idea que reaparece en el prólogo de *Palique* (1893), en el que sintetiza la definición de crítica literaria de este modo:

[...] siempre merecerán mejor que los otros el nombre de *crítica literaria,* aquellos géneros de crítica que sean: 1.º, *crítica,* es decir, *juicio,* comparación de algo con algo, de hechos con leyes, cópula racional entre términos homogéneos; y 2.º, *literaria,* es decir, de arte, estética, atenta a la *habilidad* técnica, a sus reglas (absolutas o relativas).[45]

Clarín incluso matiza esta formulación en dos prólogos casi coetáneos a los juicios que acabamos de subrayar. En el prólogo a *Goethe. Ensayos críticos* (1892) de Urbano González Serrano, afirma el mérito de su antiguo maestro, frente a bibliógrafos y biógrafos, al cultivar una crítica artística:

[...] no tenemos críticos literarios que hayan desentrañado las bellezas no siempre patentes en las obras maestras, que hayan hecho esos fecundos experimentos de estética aplicada, que tanto enseña a las generaciones nuevas.[46]

E igualmente al prologar en el año 1893 el primer libro de Rafael Altamira, *Mi primera campaña,* aun admitiendo que el crítico puede ser poeta, novelista o científico y, en consecuencia, establecer otro tipo de juicios que no sean los esencialmente estéticos, escribe, en relación evidente con lo que Beser ha llamado «las dos corrientes principales en que se agrupaba la crítica europea de ese momento: el impresionismo y la tendencia científica»: [47]

No soy de los que piensan que la crítica moderna no juzga, *canta,* cuenta impresiones, describe *estados del alma,* filosofa o analiza científicamente. No; la crítica no es ciencia naturalista, ni poesía lírica, ni novela psicológica, es... lo que siempre, juicio estético.[48]

[43] *L. Alas «Clarín», «Mi propósito (conclusión)»,* Faro Moderno *(1-III-1899).*

[44] *L. Alas «Clarín», «La crítica y la poesía en España»,* La España Moderna *(I, 1890). Cito por* Ensayos y Revistas (1888-1902), *Madrid, Fernández Lasanta, 1892, p. 255.*

[45] *L. Alas «Clarín»,* Palique, *Madrid, Victoriano Suárez, 1893, p. XIII.*

[46] *L. Alas «Clarín», «Prólogo» a U. González Serrano,* Goethe. Ensayos Críticos, *Madrid, Luis Carrión, 1892 (2), pp. VII-VIII. Recogido por D. Torres,* Los prólogos de Leopoldo Alas, ob. cit., *p. 165.*

[47] *S. Beser,* Leopoldo Alas, crítico literario, *Madrid, Gredos, 1968, p. 711.*

[48] *L. Alas «Clarín», «Prólogo» a R. Altamira,* Mi primera campaña (Crítica y cuentos), *Madrid, José Jorro, 1893, p. VII. Recogido por D. Torres,* Los prólogos de Leopoldo Alas, ob. cit., *p. 185.*

Y todavía en el prólogo a sus *Cuentos morales* (1896), tras reconocer que se pasa la vida disertando acerca de materia estética, afirma categórico:

Yo soy, y espero ser mientras viva, partidario del arte por el arte, en el sentido de mantener como dogma seguro el de su sustantividad independiente. No hay moda literaria, ni reacción que valgan para sacarme de esta idea.[49]

Es decir, Clarín postula una crítica literaria que reconozca como esencial la sustantividad independiente de la belleza artística, en clara consonancia con su formación estética idealista que nunca disimuló. Ahora bien, las afirmaciones tajantes no pueden llevarnos a una errónea configuración de la naturaleza y función de la crítica en el último Clarín. Es evidente que cuando se muestra tan aparentemente inflexible lo hace acongojado por el panorama europeo en el que la crítica literaria ha derivado en teología moralista o fisiología científica, como sostiene en el prólogo a *Palique:*

el mal está en hacerse pasar por crítico literario en el momento en que se está siendo teólogo, moralista, fisiólogo o lo que fuese. La famosa queja de Flaubert que yo he citado en otro libro, y que después vi con tanto gusto citada también por Guyau, será justa eternamente.[50]

Y de ahí que reclame una crítica artística que articula a la belleza de la obra, como recordaba por esas mismas fechas su amigo Josep Yxart, aludiéndole entre los partidarios de tal corriente crítica. Pero al mismo tiempo el autor de *La Regenta* reconoce en el arte valores que escapan del exclusivismo artístico, valores que deben ser analizados también por la crítica porque son inherentes a una obra de arte, y en este sentido escribe en los artículos de *Faro Moderno:*

Sólo cuando el arte olvida que *puede ser útil* para otras cosas que no sean la belleza, es cuando se hace *inútil* para sí mismo y para todo.[51]

El respeto de lo artístico no implica, pues, desatención por lo ético o sociológico, y así fundamenta su propósito en la inicial colaboración de *Faro Moderno* en establecer:

[...] una filosofía estética y sociológica, con ocasión de las novedades que presenta la literatura dramática, donde quiera que yo sepa que existe.[52]

[49] *L. Alas «Clarín»,* Cuentos morales, *Madrid, La España Editorial, 1896, p. V. Los prólogos de Clarín a sus propias obras pueden consultarse también en el libro citado de D. Torres.*

[50] *L. Alas «Clarín»,* Palique, ob. cit., *p. XVII. La famosa queja de Flaubert la había citado Clarín en el ensayo «La crítica y la poesía en España» (1890). Cito* in extenso: *«A mi juicio, hay que volver siempre a la idea de Flaubert, que es la segura en este asunto. "Me habláis, dice el autor de* Salambó, *de la crítica en vuestra última carta, diciéndome que desaparecerá antes de poco. Yo creo, por el contrario, que, a todo lo más, ahora empieza su aurora. No se ha hecho más que tomar a contrapelo la crítica precedente. En tiempo de La Harpe se era gramático; en tiempo de Sainte-Beuve y de Taine se es historiador. ¿Cuándo se será artista, nada más que artista, pero bien artista? ¿Conoce Vd. alguna crítica que se interese por la obra* en sí *de una manera intensa? Se analiza muy sutilmente el medio en que se ha producido, las causas que la han traído; ¿pero su composición? ¿su estilo? ¿el punto de vista del autor? Jamás. Para esta clase de crítica haría falta una gran imaginación y una gran bondad (esta bondad de Flaubert no tiene nada que ver con la* benevolencia *de ciertos críticos para lo mediano y lo malo; género de debilidad que Flaubert maldice en otra carta); quiero decir, una facultad de entusiasmo siempre dispuesta a mostrarse, y además gusto, cualidad rara (¡y tan rara!) aun en los mejores, tanto, que ni siquiera se habla ya de ella"» (L. Alas «Clarín»,* Ensayos y Revistas (1888-1892), ob. cit., *pp. 258-9). A idéntica cita de Flaubert apelaba Josep Yxart en su discurso* La crítica literària *(1892) que el lector puede leer en J. Yxart,* Entorn de la literatura catalana de la Restauració *(ed. J. Castellanos), Barcelona, Editions 62, 1980, p. 278.*

[51] *L. Alas «Clarín», «Mi propósito (conclusión)»,* Faro Moderno *(1-III-1899).*

[52] *L. Alas «Clarín», «Mi propósito»,* Faro Moderno *(15-II-1899).*

Clarín reconocía una dialéctica entre literatura y sociedad, una interacción entre la literatura y el ámbito de la moral, la política, etc., sin menoscabar un ápice el gran objeto de la crítica literaria que era —como bien vio Rodó— señalar, traducir y juzgar la emoción estética que produce una obra de arte, dado que ésta es, siempre, realización sensible de la belleza.

La tipología de la crítica de Clarín que establece el excelente estudio de Rodó es la siguiente: Primero:

la crítica *subjetiva,* de impresión personal, que participa de la intimidad de la confidencia y el sentimiento del lirismo,[53]

en la que se subordina el comentario crítico a la confesión sentimental, y que ejemplifica con el folleto, *Rafael Calvo y el teatro español* (1890), que el propio Alas había calificado de

opúsculo predominantemente lírico.[54]

También lo ejemplifica en la semblanza de Adolfo Camus que había trazado Clarín en *Ensayos y Revistas (1888-1892).* Segundo:

la crítica esclarecedora de las profundidades de la idea y el sentimiento del artista, de determinación del más íntimo espíritu de la obra y concreción de sus más vagos efluvios ideales,[55]

y cuyo máximo ejemplo es *Baudelaire,* el formidable ensayo que tras su paso por las columnas de *La Ilustración Ibérica* vio la luz en *Mezclilla (Crítica y sátira)* (1889). Rodó no es el único en subrayar los excepcionales méritos de este ensayo, sino que los más destacados críticos contemporáneos así lo hicieron. Tempranamente, el 31 de enero de 1889, Menéndez Pelayo escribe a Clarín:

He leído con mucho placer un nuevo tomo de crítica de Vd. intitulado *Mezclilla.* Hay en él artículos magistrales, especialmente dos: uno sobre Baudelaire...[56]

También con prontitud Emilia Pardo Bazán subrayaba la valía de Alas y destacaba el ensayo sobre Baudelaire.[57] Pocos años después, el jovencísimo Martínez Ruiz disertaba en el Ateneo Literario de Valencia (4-II-1893) y ponía sobre el tapete el enorme esfuerzo de Alas en la educación de la sensibilidad estética, reconociendo esa función en los trabajos que bajo el rótulo de *Lecturas* publicaba en *La Ilustración Ibérica.* Se preguntaba el futuro Azorín:

¿Cuántos lectores habrá en España que encuentren verdadero placer estético en las *Lecturas* de Alas? [58]

[53] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional *(20-IV-1895),* O. C., ob. cit., *p. 753.*

[54] *L. Alas «Clarín»,* Rafael Calvo y el teatro español. Folletos literarios, *VI, Madrid, Fernando Fe, 1890, p. 5.*

[55] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional *(20-IV-1895),* O. C., ob. cit., *p. 753.*

[56] *M. Menéndez Pelayo,* Epistolario *(ed. M. Revuelta Sañudo), tomo IX, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1985, p. 427.*

[57] *E. Pardo Bazán, «Nota bibliográfica.* Mezclilla», La España Moderna *(II, 1889), p. 185.*

[58] *J. Martínez Ruiz «Azorín»,* La crítica literaria en España, O. C., *t. I, Madrid, Aguilar, 1975, p. 11.*

Elogios que tendrían continuidad en las inequívocas palabras de Rubén Darío antes citadas y en las altamente significativas de Juan Ramón Jiménez también mencionadas.

Tercero: la crítica que atiende al

elemento biográfico en sus conexiones con el carácter y la obra del artista,[59]

vinculándola con las realidades de la existencia y las intimidades del alma del escritor. Crítica ésta que ejemplifica en la semblanza de Galdós que Alas dio a la luz en el célebre folleto de 1889 y que, ciertamente, el propio Clarín entendía como una biografía que explicase los entresijos de la creación galdosiana, a juzgar por las cartas que durante el último trimestre de 1888 remite a Galdós.[60]

Cuarto:

la crítica expansiva, *emocional,* inspirada, que responde desde el fondo del alma a la ajena inspiración que la hiere,[61]

contestando con notas armónicas del propio crítico a la nota fundamental que se desprende de la obra juzgada. El ejemplo en este caso es el estudio sobre el libro *La Unidad Católica* de don Víctor Díaz Ordóñez, incluido en *Ensayos y Revistas (1888-1892).*

Además de estos cuatro tipos de crítica, Rodó señala un quinto que es el que presenta al Clarín humorista y justipreciador despiadado, llevando a cabo tareas de policía de la república literaria. Son los *paliques:*

Una crítica *higiénica* y de *policía:* su crítica aplicada a la realidad histórica que se quiere mejorar.[62]

y, en ocasiones, crítica que se detiene en la consideración del elemento formal muy exterior y mecánico, y que presenta en Alas —como bien subrayó Rodó— una excesiva atención por las medianías. Y, no obstante, es imprescindible para entender a Clarín en su tarea «actuante, educativa y determinadora de rumbos».[63] Es el Clarín moralista, vertiéndose por la ventana de lo satírico —la más habitual en el moralista—. Y, por otra parte, es la que más impacto causaba en el público, la que más podía regenerar las costumbres literarias. Dos escritores aparentemente muy alejados del ideario de Alas, pero en algunos puntos, que no es el lugar considerar aquí, tan próximos, Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez, tuvieron menciones elogiosas de los *Paliques.* Valle aprovecha la narración *La generala,* de su primer libro *Femeninas* (1895), para caracterizar a Sandoval como lector de los *Paliques* de Clarín.[64] Juan Ramón le dice a Gullón en las conocidas *Conversaciones con Juan Ramón:*

Clarín era un gran escritor. Sus cuentos son magníficos y recuerdo con gusto los *Paliques* de *Madrid Cómico.*[65]

[59] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional *(20-IV-1895),* O. C., ob. cit., *p. 754.*
[60] *Ver S. Ortega,* Cartas a Galdós, *Madrid, Revista de Occidente, 1964, pp. 248-511.*
[61] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional *(20-IV-1895),* O. C., ob. cit., *p. 754.*
[62] *L. Alas «Clarín»,* Palique, ob. cit., *p. XVII.*
[63] *G. Sobejano,* Clarín en su obra ejemplar, *Madrid, Castalia, 1985, p. 70.*
[64] *R. Valle-Inclán,* Femeninas *(ed. A. de Zubiaurre), Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 141.*
[65] *R. Gullón,* Conversaciones con Juan Ramón, *Madrid, Taurus, 1958, p. 148.*

El análisis diacrónico que establece José Enrique Rodó es también sobremanera interesante. Partiendo del concepto de *oportunidad* (tan caro a Alas y magníficamente analizado en nuestros días por Sobejano y Beser), indica las etapas del quehacer crítico de Alas: la primera, la militante, después la que se inaugura con el magistral artículo sobre *La desheredada* de Galdós, contenido en *La literatura en 1881* (1882),

al que no sería —escribe Rodó— aventurado conceder en la crítica española la significación que en la novela tuvo la obra a que se refiere como iniciación de nuevos rumbos,[66]

y que el estudio de Rodó valora en su justa medida, frente a valoraciones más o menos sesgadas, frecuentes hasta bien recientemente, y de las que sirve de muestra la opinión de Alvaro Alcalá Galiano en su ensayo *La crítica y el arte.* Decía erróneamente Alcalá Galiano:

[...] gran parte de la crítica contemporánea defendía el naturalismo [...] Clarín, en su crítica diaria, enarboló aquella bandera declarándose su apóstol [...] Sus polémicas, sus ataques impetuosos carecen ya de interés.[67]

Naturalmente Rodó subraya la que considera la más valiosa, la iniciada por *Mezclilla,* y en la que late una idea literaria modificada, dado que responde a un impulso interior más hondo, emparentado —por la sagacidad lectora de Rodó— con el ferviente anhelo de una renovación religiosa. Ejemplo sugestivo le parece al joven crítico uruguayo el último de los *Folletos literarios. Un Discurso* (1891), en el que Clarín formula en el terreno de la enseñanza la sed de idealidad que ya había expresado en otros campos, sed de idealidad, necesidad de vivir para el alma, que el zumbón escepticismo y el pragmatismo disfrazado de idealismo de don Juan Valera ponían en entredicho desde las páginas de la *Revista Ilustrada* de Nueva York (24-X-1891):

¿Por qué hemos de conformarnos con una creencia, por vaga, amplia, indistinta y esfumada que sea, sólo porque muchas gentes y durante siglos la han tenido? Además, creer en algo de tamaña vaguedad, y cuyo perfil se evapora y se diluye a fuerza de esfumino, equivale a no creer en nada o creer en un fantasma vano, espectro del alma afectiva, llamándolo lo ideal, lo divino o lo absoluto.[68]

Finalmente, el trabajo de Rodó alude a un último y radical motor de la crítica de Alas: la lucha por encontrar en la insuficiencia del verbo y la palabra formas que expresen el contenido inefable de una emoción estética. En el trabajo —paralelo al dedicado a Clarín— «Notas sobre Crítica» *(Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales,* 10-I-1896) aludía a esta lucha que

suele atormentar el espíritu del crítico, al esforzarse por traducir en palabras ciertas reconditeces del pensar, ciertas delicadezas de la emoción estética, ciertos *matices* del juicio. Tiene, entendida así, un sentido profundo la frase con que termina el autor de *Apolo en Pafos* su examen de cierto libro de Pereda: «La crítica debiera auxiliarse a veces en la música. Sólo con una melodía muy tierna y dulce podría *juzgarse* de la belleza más recóndita de la última parte de *La Montálvez*».[69]

[66] *J.E. Rodó, «La crítica de Clarín»,* Revista Nacional *(5-V-1895),* O. C., ob. cit., *p. 756.*

[67] *A. Alcalá-Galiano,* Impresiones de arte *(prólogo de E. Pardo Bazán), Madrid, Victoriano Suárez, 1910, pp. 198-9.*

[68] *J. Valera,* Nuevas Cartas Americanas, Obras Completas, *t. III, Madrid, Aguilar, 1947, p. 431.*

[69] *J.E. Rodó, «Notas sobre crítica»,* Revista Nacional *(10-I-1896),* O. C., ob. cit., *pp. 802-3. Por cierto,*

En consecuencia, los dos artículos que el joven intelectual uruguayo dedicó a la labor crítica de Leopoldo Alas ponen de relieve la necesaria revisión de unos esquemas y unos marbetes demasiado rígidos para una comprensión histórica rigurosa de la literatura finisecular, pues atestiguan, con un talento infrecuente, el magisterio que el autor de *Solos* y *Palique* ejerció sobre un sector de los llamados jóvenes modernistas, aquellos que precisamente salvaron la escritura de circunstancias para convertirse en figuras cimeras de la Edad de Plata de las letras hispanas. Tradición y modernidad se hermanaban en las páginas del crítico Leopoldo Alas, y en su lectura la juventud modernista y del 98 atisbó unas notas que, sin duda, eran las más fértiles de cuantas los escritores surgidos al aire de la Gloriosa pergeñaban en los años finales de su siglo. El trabajo de José Enrique Rodó sobre la crítica de Clarín resulta, a esta luz, un testimonio ejemplar por la penetración y lucidez de las que hace gala el futuro autor de *Ariel,* y es de todo punto necesaria su reivindicación por la vigencia de lo allí expuesto. Resulta así Rodó el primer estudioso serio y riguroso de la señera obra crítica de Leopoldo Alas.

Adolfo Sotelo Vázquez

en relación con este punto deben verse los sugerentes estudios de Laureano Bonet, «Temporalidad, memoria y ensueño en la obra de Clarín», Clarín y su obra en el centenario de «La Regenta» *(ed. A. Vilanova). Barcelona, Departamento Literatura Española, 1986, pp. 121-43. Y «Clarín, Jean Paul, Baudelaire: un tríptico simbolista»,* Clarín y «La Regenta» en su tiempo (Actas del Simposio Internacional, Oviedo, 1984), *Oviedo, Universidad de Oviedo. 1987, pp. 951-83. Quiero añadir que en una carta de Leopoldo Alas a Salvador Rueda, recientemente exhumada por Marcos G. Martínez, se expone idéntica reflexión: «Lo que yo quiero decir de* La Montálvez *es cosa de sentimiento, lo diría mejor que con la pluma... con el violín de Sarasate si yo pudiera tocarlo, o con versos de Fray Luis de León (debía haber crítica en verso)» (Carta del 29-I-1888. Recogida en M.G. Martínez, «Cuatro cartas de Leopoldo Alas a Salvador Rueda, 1887-1888»,* Clarín y «La Regenta» en su tiempo (Actas del Simposio Internacional, Oviedo, 1984, ob. cit., *p. 1086).*